

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

LIBROS

Vaz de Soto: «Diálogos del anochece»

Con «Diálogos del anochece» —Biblioteca Universal Plana, 1972—, José María Vaz de Soto concluye el ciclo autobiográfico iniciado con aquella sólida novela titulada «El Infierno y la brisa» (Edhasa, 1971). La de ahora es obra mucho más perfilada, de más recia envergadura literaria, a pesar de que básicamente puede entenderse como continuación rigurosa de la anterior. La actual estructura dialogada arranca con toda probabilidad de aquellos diálogos ensayados en «El Infierno y la brisa», así como el tono del lenguaje narrativo procede del empleado en esa ocasión. En todo caso, la nueva obra presenta una fundamental continuidad de propósitos y sugiere multitud de temas que aquí no es posible sino reseñar.

El aspecto más interesante de estos «Diálogos del anochece» es, sin duda, la trascendencia simbólica de su estructura formal. No se entendería el tema, es decir, se escaparía el sentido de la crítica propuesta, sin advertir que la forma en que la novela está escrita encierra una clave irónica decisiva: que no se trata, en realidad, de diálogos, sino de un monólogo diestramente guiado, de una reflexión enfrentada a sus propias contradicciones, de un discurso desdoblado con sinceridad en pros y contras. Los dos personajes principales, y, con toda probabilidad, también el curioso y fu-

gaz tercero en discordia, son tres enfoques distintos de un mismo carácter que, por lo demás, no resulta arriesgado suponer autobiográfico. Frente a ellos, la mujer comúnmente amada funciona como símbolo de una posibilidad de salvación relativa, sobre el que el autor hace girar tres eventuales soluciones biográficas de su personaje; conseguirla, despreciarla o perderla. No está muy claro, a mi entender, si al final el ganador se salva enteramente; pero sí que, de alguna manera, este dilema quiebra el implacable pesimismo de Vaz

de Soto y deja, por decirlo así, entreabierto la esperanza. Todo esto, sin embargo, no hace sino esbozar el sentido de una trama que presenta honduras mucho mayores. El simbolismo irónico sobre la identidad de los personajes no es más que un artificio previo que instala la fábula en su verdadero plano. Porque resulta que este personaje desdoblado en posibilidades es en el fondo un personaje colectivo —la generación nacida alrededor de la guerra civil—, cuya os-

cura adolescencia se nos contaba en la novela anterior. De este modo, el simbolismo alcanza su cota más elevada y al tiempo resuelve su complejidad, resultando que «Diálogos del anochece» viene a ser el balance definitivo de esa generación perdida, según el agudo diagnóstico del autor, por su condición de «intermedia». Realmente, pocas veces se ha hecho este balance del modo tan sereno con que lo lleva a cabo Vaz de Soto, y ello se debe quizá al acierto de ceñir la acción en planos muy concretos, sobre una realidad en la que no se ha

recreando sublimatoriamente el pasado. La vida de aquella generación, contada por Vaz de Soto, es tan convincente y verdadera porque no viene aderezada con guardarrropa sentimental, sino expuesta en su cruda y natural desnudez. La generación de Vaz de Soto aparece en la novela como doblemente extraviada en su propio «paraíso» perdido y en el paraíso tardío que descubrirá a su alrededor cuando ya sea demasiado tarde. Esa es tal vez la razón de su hondo pesimismo, aunque convenga no perder de vista que, en todo caso, el pesimismo del autor arranca de más abajo. «Diálogos del anochece», en efecto, confirma la idea trágica de la vida latente en la anterior novela del ciclo, llevando a sus últimas consecuencias la impresión de continuidad, de fatalidad y de absurdo que entonces ya apuntaba. Y, sin embargo, no hay en la obra ni rastro de ese resentimiento barato que hace de purgante en muchas de las novelas del género. Agnóstico de acentos limpios, materialista sobrio, espíritu pragmático hipotecado por una intensa propensión lírica, Vaz de Soto renueva en la novela contemporánea el modo irónico de la ternura, que es, a buen seguro, el más noble y difícil sentido del humanismo literario. No hay, pues, contradicción entre el pesimismo de fondo y el talante lírico que preside esta obra, porque el lirismo no es aquí un truco sublimador, sino la forma íntima de la ironía, la única mediación posible entre el sujeto y su mundo. En este sentido es verdaderamente notable la manera con que el autor ha sido capaz de conciliar brochazos de un naturalismo rebuscado y provocativo con la línea exquisita de un lirismo casi contemplativo.

Es probable que el mérito principal de esta novela resida en sus aspectos lingüísticos. En

efecto, toda esa complejidad temática y argumental sólo resulta posible en función de un lenguaje rico y disciplinado, notable por su riqueza léxica, pero, sobre todo, por el riguroso dominio sintáctico exhibido. Sirva de prueba el juego magistral de las personas gramaticales de que el autor se vale para materializar simbólicamente el equivoco sobre la identidad de los personajes, o el empleo, también con sentido simbólico, de los tiempos del verbo. En este punto, tal vez no se haya escrito nada más interesante desde los experimentos de Ferlosio en «El Jarama». La incorporación de las descripciones al diálogo, el vigor de la crítica y la manera estupenda con que van embutidos en la trama aspectos nada fáciles de la discusión, los frecuentes chispazos de un humor reconfortante que alivian el tono severo del relato, la expositiva sobriedad del vocabulario: he ahí otros tantos méritos de esta novela, de traza aparentemente ingenua, pero que es, en realidad, uno de los experimentos más arriesgados de nuestra narrativa actual. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

Doce poetas rumanos

Dentro de ese complejo y extenso ámbito cultural situado bajo el denominador común de la latinidad, los idiomas castellano, italiano y francés ocupan, sin duda alguna, posiciones preeminentes; el gallego-portugués y el catalán se encuentran, por así decirlo, en un brillante puesto secundario; el idioma rumano se aposenta en los últimos lugares, casi al nivel de ciertas lenguas, como el sardo, el retorrománico o el provenzal, reducidas con el paso del tiempo y el incesante auge de los medios de comunicación a

la categoría de reliquia histórica. La precaria situación del rumano, en cuanto vehículo formal de la cultura contemporánea —o, si se quiere, la escasa estimación de que es objeto en otras áreas de la cultura latina—, constituye un fenómeno difícilmente explicable. El sardo y el provenzal son, por ejemplo, lenguas que paulatinamente se han visto inmersas en un proceso de absorción ejercido por bloques lingüísticos (el italiano y el francés, en este caso concreto) no sólo más flexibles y evolucionados, sino también más relevantes desde el punto de vista del desarrollo histórico y social. Por el contrario, el idioma rumano es, en primer lugar, un idioma oficial, utilizado por casi veinte millones de personas (y no desvirtúa dicha afirmación la presencia de algunos núcleos húngaro-parlantes en la región de Transilvania), y, en segundo lugar, posee como idioma escrito una vigencia de cuatrocientos cincuenta años, vigencia que además se halla avalada por una tradición oral de dieciséis siglos. Resulta en cierta medida inconcebible ese desconocimiento por nuestra parte de los productos de la literatura rumana. Tal ignorancia es aún más grave cuando advertimos que se trata de un vehículo lingüístico de clara estirpe latina; es decir, de un idioma mucho más próximo al nuestro de lo que a simple vista pudiera sospecharse.

Acaso haya influido en la consolidación de estos prejuicios una circunstancia muy concreta: me refiero a la relativa abundancia de escritores rumanos —algunos verdaderamente trascendentales— que han abandonado el empleo de su lengua materna y han preferido expresarse en otro idioma. Citemos, sin ir más lejos, el nombre del dramaturgo Eugène Ionesco, pionero del teatro del absurdo. E incluso, si se me apura, el del



J. M. Vaz de Soto.

querido ver lo que no había, sino respetarla incluso en su significativa mediocridad. Hay que notar, a propósito, que Vaz de Soto, barroquero confeso, domina admirablemente el arte de la naturalidad, sin sucumbir nunca a la tentación naturalista. Distante y sobrio, sabe acatar la realidad insignificante y esgrimirla literariamente desde su oculta vertiente lírica. De ahí que esta búsqueda del tiempo perdido no acentúe innecesariamente las tintas ni se pierda en evocaciones

Siglo veintiuno de españa editores s.a

Revista universal y la revista Espé de la literatura y el arte. Historia y crítica literaria y artística. Sociología política, economía, psicología, filosofía, educación, biología, ciencia y técnica, artes plásticas y arquitectura. Museo etnológico. Literatura. Literatura hispanoamericana.

XI
novedades

Georges Sadoul,

HISTORIA DEL CINE MUNDIAL (Desde los orígenes hasta nuestros días)

Ernest Feder,

VIOLENCIA Y DESPOJO DEL CAMPESINO: EL LATIFUNDISMO EN AMERICA LATINA

Orlando Fals Borda,

EL REFORMISMO POR DENTRO EN AMERICA LATINA

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

Vol. 5: Griegos y Persas.
El mundo mediterráneo
en la Edad Antigua I.

Por Hermann Bengtson.

DE INMINENTE APARICION:

Carmen Martín Gaité,

USOS AMOROSOS EN EL DIECIOCHO ESPAÑOL

M.^a Giovanna Tomsich,

EL JANSENISMO EN ESPAÑA

XI EMILIO RUBÍN, 7
MADRID - 33 ESPAÑA Teléfono 200 66 74

siglo veintiuno argentina editores s.a

XI TACUARI 1271
BUENOS AIRES, ARGENTINA

recientemente hispanizado Vintila Horia. Y también, ¡cómo no!, el de Tristán Tzara, padre del dadaísmo, cuya temprana transición a la lengua francesa privaría de un puntal básico a la poesía rumana de nuestro siglo.

Porque existe actualmente en Rumania una importante producción poética. El joven hispanista (y asimismo poeta) Darié Novăceanu acaba de publicar una antología bilingüe revisada por José Manuel Caballero Bonald, de la «Poesía rumana contemporánea» (1). Doce son los poetas que llenan las páginas de esta antología. Podían haber sido más, pero Novăceanu ha optado por reducir el número en beneficio de la representatividad. Desde el ya clásico Tudor Arghezi —sometido aún a los cánones de una rima aconsonantada y a los vientos estilísticos de lirismo descriptivo— hasta el jovencísimo Dumitru M. Ion, pasando por el simbolista George Bacovia, el filósofo bucólico Lucian Blaga y el hermético Ion Barbu —las tres grandes «B» de la poesía rumana—; el todavía adolescente Tristan Tzara, Zaharia Stancu, los surrealistas Virgil Teodorescu y Gellu Naum; los «novísimos» Nichita Stănescu, Ion Gheorghe y el propio Novăceanu; se nos ofrece el significativo muestrario de una poesía rica y multiforme, elástica, capaz de cualquier evolución, alejada de todo inmovilismo sistemático. Una poesía cuyos rasgos característicos van —como señala Darié Novăceanu en una excesivamente breve nota preliminar— «desde un subjetivismo más o menos transparente hacia una fértil objetividad, desde un fervoroso individualismo hacia una visión humanista propia, desde un romanticismo vigila-

do con lucidez hacia una clara apetencia de universalización. Tal vez su característica fundamental sea la de abrirse hacia todo y con todo». Esta es —la factibilidad de una apertura sin restricciones hacia el mundo que nos rodea— la clave sustancial del nuevo humanismo. Esa fue, salvando distancias cuya obviedad a nadie se escapa, la razón de tantas y tantas deserciones lingüísticas en la literatura rumana. Leamos los últimos versos de un poema de Tristan Tzara recogido en esta antología: «Eu încep din nou scrișoarea și îți scriu: Ma chere cousine / Je croyais hier entendre dans via chambre ta voix tendre et câline» («Empiezo de nuevo la carta y te escribo: Mi querida prima/Creí haber oído ayer en mi cuarto tu voz tierna y mimosa»). La «nueva voz» ha surgido en el mismo poema. El poeta se ha abierto a ella. La deserción se ha consumado. ■ S. R. SANTERBAS.

Hacia una antropología del lenguaje

Castilla del Pino, continuando investigaciones iniciadas en 1968 y que, en esbozo, fueron publicadas en el artículo «Lenguaje y depresión» (1), nos ofrece hoy el contenido de cinco conferencias dadas a principio de año en Barcelona, que Península ha editado en un volumen titulado «Introducción a la hermenéutica del lenguaje» (2). En él, guiándole como objetivo a más largo plazo, un proyecto, desde tiempo atrás acariciado, de elaboración de una antropología dialéctica, expone los fundamentos teóricos y metodológicos necesarios para

proceder a la interpretación del habla o, más exactamente, de los fenómenos psico-sociológicos que acompañan y condicionan el uso del lenguaje. Un trabajo que, en palabras del autor, debe ser incluido, en el sentido amplio, dentro del ámbito de la psicolingüística; en una «semántica de la referencia», en el concepto de Quine, o en una teoría de la «lingüística de la connotación», tal como la imagina Barthes. Las aportaciones de los autores indicados, a las que deben añadirse las procedentes de la filosofía del lenguaje (con Bertrand Russell y Adam Schaff, entre sus más destacados representantes), las de la gramática generativa (Noam Chomsky) y las del psicoanálisis, constituyen el marco teórico en el que se sitúa Castilla del Pino para desarrollar, en la primera parte del libro, su propia teoría sobre la lingüística y hermenéutica del habla. Pasa luego a efectuar una categorización de las proposiciones del sujeto hablante y de la metódica a seguir en el proceso inter-

pretativo, y, por último, muestra algunas de las aplicaciones que el análisis hermenéutico puede tener en el ámbito de la lógica, psicología, psicopatología, estilística y habla cotidiana; significándolo como un método más de análisis que no pretende ni debe sustituir a otros métodos que han demostrado poseer una validez científica.

La tarea realizada estaba siendo necesaria, debido a la desatención que, en la lingüística moderna, ha sufrido la semántica. En otro orden de cosas, es imprescindible, como labor previa a un análisis hermenéutico, un grado de formalización en los conceptos teóricos que lo sustentan y de homologación de sus métodos, que permita «estandarizar» las condiciones de su aplicación y trasladar los resultados, al menos como hipótesis de trabajo, a situaciones análogas.

Los resultados de esta tarea, que vienen a llenar, en cierta medida, el vacío existente en este terreno, han de ser polémicos si tenemos en cuenta que, el des-

Castilla del Pino.



(1) Darié Novăceanu, «Poesía rumana contemporánea/Antología bilingüe». Traducción de Darié Novăceanu. Revisión de J. M. Caballero Bonald. Barral Editores. Barcelona, 1972.

(1) Castilla del Pino, «Vieja y nueva Psiquiatría». Seminarios y Ediciones, S. A. Madrid, 1971.

(2) Castilla del Pino, «Introducción a la hermenéutica del lenguaje». Ediciones Península. Barcelona, 1972.